

JORGE JAVIER
VÁZQUEZ

*La vida iba
en serio*



Ese muchacho que llega a Madrid en 1995 arrastrando su maleta, con un contrato para trabajar en una revista del corazón y mil silencios en el recuerdo, poco imagina que algún día no muy lejano será uno de los rostros televisivos más reconocido, exitoso y en no pocas ocasiones denostado de nuestro país.

La novela cuenta la historia de un joven periodista que deja atrás su barrio, a su familia y una vida interior cargada de deseos sin cumplir, miedos y preguntas sin respuesta, y se sienta en un banco de una plaza antes de atreverse a abrir la puerta de su piso alquilado. En ese momento no sabe todavía lo poco que tardará en conseguir lo que anhela: la libertad para ser él mismo sin temor, para vivir abiertamente su sexualidad, para destacar en su profesión y empezar a conocer a gente, a periodistas, a famosos y a amigos ante los que abrirse sin reparos ni vergüenza. Pero ignora que todo tiene un precio, que avanzar y hacer que se cumplan los sueños conlleva la carga de las deudas con el pasado, unas deudas que se deben saldar para seguir adelante.

A mi madre, que no se enfada cuando prometo llamar-
la
un poquito más tarde y casi nunca lo hago.

A Paco, por contestarme siempre

1

EL CHICO DE LA MALETA

SERÍAN más o menos las doce del mediodía, abrí la puerta con cierta dificultad y oí cómo desde dentro de la casa alguien pronunciaba mi nombre con sorpresa:

—¿Jorge?

—Sí —respondí todavía más sorprendido—. Soy yo.

—Perdona, ¿puedes volver un poco más tarde? Es que estoy acompañado.

—Bueno...

Arrastré de nuevo las maletas hacia la calle y me senté en un banco de la plaza de Isabel II a esperar a que el hermano de mi casera acabara de echar un polvo mientras pensaba que sólo me faltaban unos cartones para que me confundieran con un pordiosero o un desahuciado. A apenas un par de metros había una cabina de teléfono, así que podría haber aprovechado para llamar a mis padres y contarles que había llegado a Madrid sin ningún contratiempo, pero a mis veinticinco años todavía me ponía nervioso cuando tenía que llamar a mis padres y contarles una mentira, de modo que decidí dejarlo para otro momento, un momento en el que no oyera dentro de mi cabeza las severas recomendaciones de mi padre, que habían comenzado a taladrarme el cerebro nada más tomar posesión del banco: «Cuidado con esa profesión tuya porque hay muchos maricones», «en la noche hay demasiado vicio, y entre los artistas ni te cuento», «si hubieras escogido una carrera téc-

nica no tendrías que largarte a Madrid para hacer eso que tú haces».

«Eso» que yo hacía —y sigo haciendo— era dedicarme a escribir sobre las aventuras y desventuras de los famosos, un trabajo que no es que en mi casa se viera con malos ojos, es que simplemente no se veía. Había acabado la carrera de Filología Hispánica en el 92, y comencé a colaborar por casualidad en un semanario de Badalona, mi ciudad, entrevistando, en el mejor de los casos, a los actores de las compañías de Madrid que venían a presentar sus obras a Barcelona y, en el peor, haciéndole un sentido reportaje a algún veterano comerciante de la localidad, un tipo de encargo que no me hacía la más mínima gracia. Después de tres años picoteando en trabajos de lo más diverso la suerte llamó a mi puerta en forma de confusión: un domingo apareció en *La Vanguardia* un anuncio en el que se pedía un reportero gráfico y, con el atrevimiento de la ignorancia, envié mi exiguo currículum sin caer en la cuenta de que lo que solicitaban era un fotógrafo. Yo creí que andaban buscando a alguien que escribiera con soltura y que se defendiera haciendo fotos; de lo primero era capaz y, en cuanto a lo segundo, al menos podía asegurar que cuando me tocaba disparar a mi familia no la sacaba movida. Sin embargo, cuando me llamaron para hacerme una entrevista contesté a todo que sí: sabía escribir —lo demostré redactando un artículo sobre una trifulca que había tenido una folclórica con unos fotógrafos en Barajas— y, por supuesto, que me manejaba con la cámara. A los tres días me comunicaron que el puesto era mío, y así fue como empecé a trabajar para Heres, un grupo que englobaba revistas tan dispares como *Pronto*, *Súper Pop*, *Nuevo Vale* o *Teleindiscreta*. Mis tareas consistirían en ayudar en los cierres de las revistas y, muy de vez en cuando, salir a la calle para lo que pomposamente se conocía como «tomarle el pulso a la realidad española». O sea, que me hice un experto conocedor de las discotecas más punteras de la Ruta del Bakalao, has-

ta el punto de saber con precisión cuál era de *pastis*, cuál de coca y cuál de todo un poco. También cuento entre mis logros el haber escrito para *Súper Pop*. Como era una revista para adolescentes, cuando tenía que dar cuenta del último concierto de Alejandro Sanz de turno, comenzaba mi artículo con expresiones del tipo: «¡Menudo concierto, tías!» o «¡No hay quien pueda resistirse a esos ojazos negros!». Juan Ramón Jiménez en estado puro. Si mi memoria no me falla, también escribí varios artículos para *Nuevo Vale* dando consejos sobre cómo trajinarse al chulángano de turno.

No me costó redactarlo. La teoría la conocía al dedillo.

Creo que durante el tiempo que trabajé en aquella redacción estuvieron a punto de echarme unas cuatro o cinco veces, porque yo, gran amante de la literatura, intentaba dotar a mis escritos de cierto vuelo poético cuando lo que en realidad se me pedía era que hiciera refritos de artículos ya publicados en otras revistas. Un ejemplo: me encargaron uno sobre la vuelta a los ruedos de un matador más viejo que la tos, y recuerdo que confeccioné un brillante reportaje acerca de la necesidad de largarse de un sitio cinco minutos antes de que a uno lo echen y me «olvidé» de contar dónde había toreado, si había cortado orejas, si su familia había acudido a apoyarlo o si se había cogido después una cogorza para celebrar el triunfo. Por supuesto, tuve que rehacer el trabajo de principio a fin, no sin antes advertir ciertas miradas cruzadas entre el subdirector y la subdirectora de *Pronto* que no presagiaban nada bueno acerca de mi futuro profesional en aquella casa.

Pero no me desanimé: si una idiota que deambulaba por allí ejercía de directora de una revista que duró un suspiro, a mí me esperaba como mínimo un TP de Oro.

Y, tal vez como castigo por pensar aquello, tuve que trabajar a las órdenes de la idiota un par de meses. Pertenecía a

ese grupo de tías que desempeñaban un puesto de trabajo tradicionalmente destinado a los hombres y, para estar a la altura, se dedicaba a copiar esos comportamientos tan habituales en jefes varones e inseguros: gesto de perpetuo cabreo, convencimiento existencial de que el destino del mundo depende de ellos, disertación con gesto rijoso en la redacción sobre que había que follarse el trabajo porque si no él se encargaba de darte por culo a ti... La idiota encontró en mí una presa fácil debido a mi timidez y consiguió que acudiera a trabajar con el miedo en el cuerpo hasta que un día la oí pronunciar la siguiente frase: «Antonio García Obregón, a la sazón padre de Ana Obregón...». A partir de entonces troqué el miedo por el desprecio y descubrí lo tranquilo que se trabajaba recibiendo órdenes y bufidos de una burra.

El caso es que le cogí el tranquillo a aquello de hacer refritos, aunque con lo que yo soñaba era con trasladarme a Madrid y tratar de tú a tú con los personajes sobre los que escribía. No me iba lo de ser rata de redacción, escribía con la misma pasión que quien pega sellos. Lo único que me hacía gracia era la versatilidad que iba adquiriendo mi personalidad: si me tocaba escribir sobre personajes americanos, firmaba mis artículos como *George Scott*, mientras que los días que los protagonistas de mis reportajes eran aquellos actores de culebrones tan en boga por aquella época me convertía en *Héctor Banderas*; y si por casualidad me tocaba en el reparto escribir sobre el Festival de San Remo, firmaba como *Giorgio Coletti*. Podría decirse que tenía heterónimos a tutiplén, como Pessoa.

Un día de principios de agosto de 1995 le trasladé a mi director mis inquietudes sobre mi idoneidad para aquel puesto. Yo creo que por una parte vio el cielo abierto —me marchaba yo sin necesidad de que él tuviera que pasar por el mal trago de despedirme—, aunque también adiviné en su

mirada cierta dosis de envidia. Antes de convertirse en director había gastado noches en los tablaos capitalinos alternando con las figuras nacionales de la época. En una de esas se enamoró perdidamente de una folclórica pop. La folclórica pensó que aquel diligente reportero conseguiría encumbrarla a las más altas cimas de la popularidad, pero cuando vio que pasados tres meses sólo había sido capaz de sacarla en pelotas en una revista de cuarta categoría regional, lo extirpó de su vida de un día para otro. Ella acabó liándose con el dueño de una venta de Murcia y mi director se casó con una catalana a la que conoció en el Café Gijón una tarde en que pretendía ahogar su pena en una piscina de absenta.

—Voy a apañarte una entrevista con el editor —me propuso en un acceso inusitado de generosidad.

¡El editor! Aquel célebre editor que en su día también animara a Maruja Torres a abandonar el barco —sí, Maruja también escribió un tiempo para una revista del grupo que se llamaba *Garbo*— y trasladarse a Madrid para convertirse en la diosa del periodismo que es hoy. Ese editor —al que Maruja bautizó en uno de sus libros con el apelativo de *Viceversa* por su habilidad para oponerse a todo lo que se le proponía— me recibió en un amplio despacho desde el que se divisaba gran parte de Barcelona. Era un hombre de pocas palabras y, aunque siempre pedía opinión sobre cualquier asunto que expusiera, lo que esperaba en realidad era que su interlocutor acabara dándole la razón.

—Así que te gustaría trabajar en Madrid.

—Sí, mucho —acerté a responder con voz de princesa casadera.

—Muy bien, muy bien. Te doy doscientas mil pesetas para que pases el primer mes allí y veas si te haces o no a la ciudad. Nosotros te encargaremos reportajes para las revistas del grupo y también estaremos abiertos a que nos propongas entrevistas con la gente que puedas conseguir.

Si te mueves bien, no te costará trabajo salir adelante. Mucha suerte.

Y dio por terminada la reunión.

Viceversa acababa de decidir mi futuro en poco menos de un minuto. ¿Levantó la vista de sus papeles cuando me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta? Supongo que no, pero tampoco me importó.

Volví a casa con una sensación cercana a la de quien está sedado. No estaba excitado, ni nervioso, ni eufórico, pero al bajarme del metro en Badalona comprendí que comenzaba a despedirme de mi ciudad, de mi barrio, de mi familia. Abrí la puerta de mi casa y me encontré a mis padres sentados en el comedor: él leyendo el periódico, ella zuriendo una camisa. Cuando les comuniqué que me largaba fuera a buscarme la vida, mi madre se fue a la cocina con la excusa de que se le pegaba la carne y mi padre se limitó a decir:

—¿Estás seguro?

Yo no estaba seguro de nada, pero lo que sí tenía claro era que no quería vivir más tiempo encerrado en aquella casa de cincuenta metros cuadrados en la que estaba prohibido ese tipo de alegría tan asociada al riesgo, a la diversión, a la aventura. No quería conseguir el trabajo estable por el que suspiraba mi padre, no quería un horario fijo, ni siquiera quería tener novia. Detestaba llevar una vida previsible y, lo más preocupante, comenzaban a agotárseme las excusas cuando me preguntaban dónde y con quién había estado la noche anterior. Vivir engañando me resultaba extenuante.

Antes de trasladarme ¿definitivamente? a Madrid me planté en casa de Marisol y Antonio, unos amigos que vivían en la capital —y a los que había conocido en un viaje a Jorda-

nia organizado por una agencia barata—, para comunicarles la buena nueva y pedirles que me acogieran durante los tres o cuatro días en que me dediqué a buscar un buen piso de alquiler. Antes, en Badalona, había leído con fruición el *Segunda Mano*, seleccionado varios anuncios que me parecieron atractivos y concertado las visitas pertinentes, que agrupé en aquellos pocos días que pasé en casa de mis amigos. No recuerdo la búsqueda con alegría: la mayoría de los pisos que estaban a mi alcance estaban destartados, eran tristes y tenían las paredes desconchadas, las cortinas sucias y unas cocinas de alicatados imposibles que provocaban pánico. Hasta que di con uno en la calle Escalinata, en pleno Madrid de los Austrias. Aunque era caro —noventa mil pesetas mensuales— respondía a mis necesidades: céntrico, bien comunicado y con los muebles justos para entrar a vivir sin que aquello pareciera un campamento. Me lo enseñaron la propietaria y su hermano, un chico cinco o seis años mayor que yo que todo el tiempo me sonreía con cierta insistencia y sin venir a cuento. Me llevó una tarde decidir que desde aquel centro de operaciones iniciaría mi asalto a la capital. Así pues, volví a Badalona con la primera de las misiones cumplida y dispuesto, entonces sí, a organizar mi traslado definitivo.

Me costó poco despedirme de la que había sido mi vida hasta los veinticinco años. Quería a mis padres, claro, pero necesitaba alejarme de ellos para comenzar a vivir sin remordimientos ni engaños. Con mis dos hermanas —Ana y Esther, diez y ocho años mayores que yo, respectivamente— tampoco tenía mucha relación. Nos llevábamos bien, pero no nos hacíamos partícipes de nuestras existencias. La mayor acababa de separarse y andaba ennoviada con un uruguayo, y la mediana vivía feliz con sus dos hijos. Si les dolía mi marcha, no me lo hicieron saber, o al menos yo no lo sentí.

El día de mi partida fue menos trágico de lo que había imaginado. Supongo que mis padres pensaban que cuando se me acabara el dinero tendría que volver a casa sin aquellos pájaros que poblaban mi cabeza y comenzar a tomarme en serio eso de vivir. Me llevaron al aeropuerto, me despidieron con dos fuertes abrazos y, después de decirles adiós, no quise volverme porque sabía que mi madre estaría con la lágrima a punto de caramelo. Pero también porque no quería sentirme mal por lo feliz que era marchándome de su lado.

Sin embargo, después de la hora escasa de vuelo, del taxi al centro y de la fallida entrada en mi nuevo hogar, allí estaba yo, con mis grandes planes destruidos, o al menos aplazados, sentado en un banco de la plaza de Isabel II sin saber bien qué hacer.

Después de una hora decidí dejar de sentirme ridículo y plantarme en el que ya era mi piso. Me esperaba el hermano de la dueña, todo sonrisas y disculpas. Me contó que había ligado con un tío la noche anterior y que, como no tenía mucha pasta ni tampoco intimidad en su casa, había decidido utilizar como picadero una última vez el que ya era mi piso. Vaya, pensé animándome de pronto, tampoco tenía tantos motivos para estar triste; al fin y al cabo era sábado, y quizá yo pudiera empezar también aquella misma noche a salir por discotecas «de ambiente» sin temor a que alguien me reconociera y fuera con el cuento a mis padres.

2

MADRID, NOCHE PRIMERA

MADRID era para mí una mezcla de versos e imágenes de Lope de Vega, Pérez Galdós, Alfonso XIII y Radio Futura. Un dispar batiburrillo que poco tenía que ver con aquella Barcelona limpia, moderna, aséptica y abierta al mar que había dejado atrás. Acababa de cambiar una ciudad que vivía corriéndose de gusto al mirarse al espejo —no en vano había organizado los mejores Juegos Olímpicos de la era contemporánea— por otra que olía a cañas y a tascas y, acostumbrado a los bares de diseño que habían comenzado a surgir en la Barcelona posolímpica, me quedaba embobado contemplando en Madrid los bares mugrientos que vendían bocatas de calamares como si fueran perlas. Todo me llamaba la atención: lo viejo que estaba el metro en el centro, aquella Gran Vía atiborrada de gente, que una mujer le preguntara a su acompañante «¿Hace una caña, moreno?», o que en una panadería una señora se quejara a la dependienta de que la palmera no estuviera «hojaldre».

—¿Que no está «hojaldre», señora? —respondió la muchacha como si fuera la protagonista de un sainete—. Será que no la ha visto usted bien.

Yo paseaba por la ciudad con ansia y me emocionaba cuando salían a mi paso lugares que conocía por motivos diversos: la travesía de Bringas de *Fortunata* y *Jacinta*, la Plaza Mayor, el teatro La Latina y el enorme cartel que anunciaba la revista de su estrella por antonomasia, el Chichote de los *cocktails* de posguerra... Y Chueca. Sobre todo

Chueca, aquel barrio que todavía acogía en su plaza a camellos de hachís pero que estaba comenzando a convertirse en la zona gay por excelencia.

Tenía tantas ganas de pisar la tierra prometida que no habrían pasado ni seis horas desde mi llegada a Madrid cuando fui a conocerlo en persona. Nada más tomar posesión real y efectiva del piso, una vez que hubo salido de él el hermano de mi casera, fui a hacer unas compras básicas a El Corte Inglés de Sol, volví, me duché, llamé a mis padres y me dispuse a ejercer mi albedrío. Estaba feliz. Les conté que el vuelo había ido muy bien, que había tomado posesión de la casa sin ningún contratiempo —mentira— y que Madrid me parecía una ciudad maravillosa. Ahí sí que no mentía: quizá fuera la primera vez en mi vida que sentí que el mundo me pertenecía: podía meterme en un bar de ambiente sin temor a ser descubierto.

Aquello, tan básico, era la libertad para mí.

Pero, con todo, no sería la primera vez que pisara un bar gay. Aquel acontecimiento había tenido lugar cuatro años atrás y había sido gracias a un compañero de la facultad llamado Joan. Yo tenía veintiún años y él me llevaba más de diez, sin embargo jamás quiso especificar cuántos más. Era guapo y tenía buen cuerpo, aunque nunca llegué a sentirme atraído por él, quizá porque desde el primer momento desempeñó el papel de padre, madre y guía.

Coincidíamos en Literatura Española del Siglo de Oro, y él destacaba entre todos los alumnos no ya por su edad, sino por su aire de madurez, de saber mucho más de todo que nosotros. Joan había estudiado antes otra carrera técnica y, ya metido de lleno en el mercado laboral, se había dado cuenta de que la literatura era su auténtica vocación, por lo que se había matriculado en la facultad con la certeza de que aquello era lo que quería, una opción verdadera en la que había decidido volcarse de lleno y no una salida

apresurada nada más terminar la selectividad. Muchos de mis compañeros habían elegido aquella carrera porque parecía fácil, o porque no pedían mucha nota para entrar y la media no les había dado para alcanzar alguna otra facultad más deseada. Tal vez aquella seguridad, aquel aire de determinación, fuera lo que lo diferenciaba. A su lado, todos eran niñatos.

Comenzamos a dedicarnos miradas, de las miradas se pasó a las sonrisas y de las sonrisas a los saludos. Y un día, antes de que comenzara una clase, me dirigí a él y le pedí que me prestara los apuntes del día anterior.

—Chico, es que ayer preferí ir al cine antes que venir a clase, me aburre bastante la profesora —le dije como excusa.

—Joan, me llamo Joan. Y yo también me aburro, no te creas.

Joan sabía que yo no buscaba sus apuntes, lo que deseaba era acercarme a él y encontrar un cómplice. Jamás le agradeceré lo bastante que me lo pusiera tan fácil.

—Si quieres quedamos al final de la clase, haces fotocopias y, como muestra de gratitud, me invitas a un café —me propuso.

—Vale.

No hizo falta que nos confesáramos nada. Ambos sabíamos lo que éramos aunque nos separara un factor muy importante: la experiencia. Mientras que él conocía al dedillo adónde tenía que ir para ligar, yo sólo sabía que había bares en Barcelona donde tíos que no se habían visto en la vida se saludaban y al rato —tres cuartos de hora, dos horas después como mucho— acababan encamados. Y también sabía, porque lo había probado, que había tíos que follaban por pasta. Me ponía muy caliente leer en los anuncios por palabras de los periódicos la manera en la que se anunciaban, aunque no era capaz de reunir el valor suficiente

para llamar a uno de ellos. Más o menos por aquel entonces, mi excitación aumentó de manera espectacular un domingo en que, después de ir solo a ver una obra de teatro que se representaba en el Paralelo, paseé hasta llegar a las Ramblas y descubrí que en los kioscos había revistas que llevaban en la portada tíos en pelotas, tíos de todas las clases habidas y por haber (musculados, fibrados, con vello, imberbes, sudados, en bañador, con *slips*), aunque con un denominador común: un paquete tan descomunal como sugerente. Después de una lucha titánica contra mi desmesurado sentido de la vergüenza, compré una de aquellas revistas, y también compré otras tres o cuatro más que no tenían nada que ver con ella para enmascarar mi adquisición. Llegué a Badalona sobre las diez de la noche, y nada más entrar en casa me dirigí al baño con la revista que tanto esfuerzo me había costado conseguir.

Lo que vi me volvió loco. De repente sentí como si cientos de monstruos que hubieran vivido aletargados en mi interior durante años se despertaran todos a la vez y lucharan con furia por dirigirse desde mi estómago hasta mi boca con el fin de ser expulsados de mi cuerpo a modo de vómito (ahora, con los años, sé que sufrí un ataque de ansiedad). Salí del baño y cogí un periódico que había encima del sofá, busqué la página de contactos, memoricé un teléfono y me dirigí hacia el recibidor como si fuera sonámbulo. Cerré la puerta que separaba la diminuta estancia del no menos diminuto comedor, cogí el auricular y marqué el número memorizado.

—¿Frank? —pronuncié con voz apenas audible.

—Sí, soy yo.

—Mira, es que te llamaba para ver si podía quedar contigo ahora.

—Claro, ningún problema.

Los monstruos fueron calmándose poco a poco. Entendí en su voz cierto matiz de colegueo, o quizá Frank estuviera